

Platon Polichinelle.— Gracias, Mr. instructor, los entretenimientos siguientes, en los que examinaremos las bellas obras del espíritu humano en materias religiosas, confirmarán lo que habeis dicho tambien, sobre la debilidad de nuestra razon cuando no la dirige Dios.

ENTRETENIMIENTO CUARTO.

Los panistas deistas juzgados por los pontifices y magistrados de su eleccion. Por qué nosotros nacemos mas bestias que los animales. Deber de nuestro primer padre, preceptor y cura.

Los panistas deistas juzgados por los pontifices y magistrados de su eleccion. Por qué nosotros nacemos mas bestias que los animales. Deber de nuestro primer padre, preceptor y cura.

ENTRETENIMIENTO CUARTO.

Los panistas deistas juzgados por los pontifices y magistrados de su eleccion. Por qué nosotros nacemos mas bestias que los animales. Deber de nuestro primer padre, preceptor y cura.

Hemos visto en el último entretenimiento que los deistas no quieren reconocer otro evangelio que el de la naturaleza, en lo que están de acuerdo con los ateistas y panteistas; y cuando les preguntamos quiénes son los intérpretes del gran libro de la naturaleza, ellos nos muestran á todos los seres inanimados y vivientes, desde el sol hasta el topo. El mas espiritual y el mas elocuente de entre ellos, Rousseau, no ha tenido embarazo de escribir esto: "El hombre que piensa (es decir, que quiere saber mas que las bestias) es un animal depravado."

Tomemos la palabra á estos tunantes, y hagá-

moslos condenar por sus iguales, ó mas bien, por sus superiores, puesto que aceptando á los animales por maestros y modelos, por esto mismo reconocen la preeminencia y superioridad de los animales sobre la especie humana. Presentemos, pues, esta cuestion al tribunal de la naturaleza universal. ¿Dios ha dado leyes á las creaturas, y se las ha revelado?

Sí, responden todos los seres; ¿no veis cuán fieles somos nosotros á estas leyes, y que los pretendidos desórdenes de la naturaleza, no existen sino en el cerebro de los ignorantes?

Ved lo que responde la naturaleza entera, lo que dicen todas las bestias. En efecto, si ellas no han recibido la razon, han recibido en su lugar el instinto, es decir, una singular aptitud para llevar las funciones que el Creador les ha impuesto en el mundo, ellas usan admirablemente de esta pequeña medida de sabiduría, y no vemos una que ignore lo que debe hacer. Las aves destinadas á poblar los aires, á recrearnos por su belleza, por la dulzura y variedad de sus cantos, cumplen maravillosamente este deber: ellas conocen su alimento, que se compone en gran parte de insectos nocivos; si alguna vez se comen algunos granos, es seguro que pagan su escote.¹

¹ En el siglo último, que era el de los filósofos sin filosofía, los sabios de Berlin demostraron que los gorriones eran

Los peces saben bien cuál es su puesto en la vasta estension de los mares, y los que de ellos deben servir para nuestro mantenimiento, no faltan del lugar donde los espera la red del pescador.

Lo mismo sucede con los animales de la tierra. Cuesta mucho trabajo amanzar á una bestia salvaje y sacarla de su vocacion, y jamas se logra domesticarla perfectamente. No sucede lo mismo con los animales domésticos hechos para vivir en medio de nosotros, los mas fuertes obedecen á la voz de un niño. Ved con qué inteligencia se distribuyen ellos los empleos, y qué parte toman de los bienes que nosotros dejaríamos perder. Citemos algunas líneas de un libro que ¡ojalá anduviera en las manos de todos!

La pesada vaca pasta en el fondo de los valles, la ligera oveja en la ladera de las colinas, la cabra trepadora salta en las abras de las rocas, el puerco holla las raices en las ciénagas, el ánzar las malas bestias que causaban la hambre en la Prusia por su voracidad. El gobierno ordenó á todos los paisanos, que le habian de presentar cada año doce cabezas de gorriones, y estos pobres animalillos fueron destruidos. No se habian pasado dos años, cuando se notó que las mieses eran destrozadas por nubes de insectos; el gobierno se vió obligado á reconocer que habia sido una grande locura destruir á los gorriones, y á ofrecer un buen premio al que introdujese una pareja de gorriones en la Prusia.

come las plantas que se crían en las márgenes de los ríos, el pollo con un ojo perspicaz recoge los granos perdidos en los campos, el palomo con sus alas veloces los de las florestas mas apartadas, las económicas avejas hasta los que están en los botones de las flores. No hay punto ni rincón de la tierra donde ellas no puedan sacar el jugo de las plantas. Todos estos animales vuelven por las tardes á nuestras habitaciones con murmullos, balidos ó gritos de regocijo, trayéndonos los dulces tributos de las plantas mudados por una trasformacion inconcebible en miel, en leche, en manteca, en huevos y en crema.¹

Confíadle á esta cabra, tan aturdida y tan inconstante la crianza de un niño, y la veréis venir corriendo á ciertas horas de mas de una legua de distancia, echarse sobre la cuna, y acomodarse con la destreza de una madre la punta de su ubre en la boca de su hijo de leche é invitarle con sus caricias y balidos á tomar su alimento.

Sí, amigos míos, los animales tienen tambien su religion, es decir, una ley que los ata á su puesto, y á las funciones á que el Creador los ha destinado. Esta ley les es infusa, quiero decir, que ellos no la aprenden ni de sus semejantes ni del hombre, sino que la llevan consigo al nacer, y es-

¹ Lecciones de la naturaleza por Mr. Causin-Despreaux, aumentadas por Mr. Derdonirs, consideracion 119.

tán de tal suerte sometidos á ella por naturaleza, que no pueden violarla.

No es así con nosotros que necesitamos de un largo aprendizaje de la vida, y que aun en la madurez de la edad siempre tenemos necesidad de la esperiencia y de los socorros de nuestros semejantes. . . . Yo creo percibir que Mr. el Mayre, tiene alguna cosa que decir, y le suplico tenga á bien tomar la palabra.

El Mayre.—Mi señor, la cuestion que tocais me ha ocupado frecuentemente discutiéndola con los amigos, nos hemos dicho muchas veces: ¿cómo es que los animales sean tan diestros y tan sabios en sus negocios, y que nosotros que llevamos el título de sus señores seamos tan ignorantes, tan groseros, y que los estudios muchas veces hagan de nosotros unas bestias malignas? Despues de algunos dias de crianza, los animales pequeños saben tanto como el padre y la madre y se encuentran, como se dice vulgarmente, doctores in utero. El pollito á los ocho dias de nacido, apenas oye ó descubre al águila ó al gavilan, cuando al instante se refugia bajo las alas de su madre, donde se esconde como bajo una enramada: se enferman nuestros perros ó nuestros gatos (lo que sucede mas bien por nuestra culpa que por la de ellos); abriéndoles la puerta, ellos irán derecho á la yerba que los cura: la comadreja misma que ataca á una víbora, si se siente picada primero,

del primer salto va á frotar su llaga á una yerba que conocen nuestros pastores, y vuelve á caer sobre su enemiga antes que ésta haya podido ganar su agujero.

En cuanto á nuestros pequeños hijos, que pretenden á los quince años saber bastante para pensar que el mundo está por rehacerse, se ve lo que nos ha costado enseñarles lo poco que nosotros sabemos; y si queriendo salir de nuestra condicion, los llevamos á los estudios, lo que es muy largo y muy costoso, ¿qué sucede? que por un buen sugeto que daremos á la Iglesia y al Estado, habremos educado cuatro turba-mundos, que no habrán arruinado á su familia sino para aprender á arruinar la sociedad.

Es verdad que el catecismo nos enseña que, habiendo prevaricado nuestros primeros padres en el paraíso terrenal, ellos fueron castigados con este fondo de ignorancia y de corrupcion que nos han comunicado. De hecho, viendo con qué extravagancias en el entendimiento y en el corazón entramos en este mundo, y el trabajo que cuesta enderezarnos, se hace muy fácil de creer el misterio del pecado original; ¿pero basta este misterio para explicar la gran diferencia entre la habilidad de los animales y la ignorancia indócil de nuestra especie? Y supuesto que, no obstante el pecado de Adam, Dios ha querido salvarnos, ¿no parece que habria podido darnos las mismas ventajas que á

los animales, juntar el instinto de ellos con nuestra razon, y acortar nuestra tan larga infancia? Esta es una duda que yo os propongo, mi señor, suplicando disimuleis lo largo que he sido para explicarme.

Platen Polichinelle.—Jamás es largo, mi señor Mayre, quien no dice cosa que no pertenezca al asunto de que se trata, y mas cuando vuestra cuestion es de la mayor importancia. Teneis razon de pensar que el pecado original no basta para explicar la diferencia que hay entre los hombres y los animales con respecto á educacion: el pecado ha degradado nuestra naturaleza, ha debilitado nuestras facultades; pero no ha destruido ni nuestra naturaleza ni nuestras facultades. Los hombres, en el estado de la inocencia, habrian sido enseñados lo mismo que habrian sido concebidos y llevados en el seno de una madre; pero su educacion habria sido mas fácil y provechosa, gracias al vigor y á la rectitud de su espíritu, lo mismo que por la prerogativa de la inmortalidad, la preñez en el vientre de la madre y su nacimiento habria sido sin dolores para ella. Vengamos, pues, á la verdadera razon de la diferencia de que se trata.

Esta razon se halla en la diferencia total del destino de los hombres y del destino de los animales. Los hombres, á pesar de sus miserias y de su debilidad, son los señores y los reyes de la tierra, y los animales no son sino esclavos limitados

cada uno á un oficio especial en el servicio general de este gran reino: comprended, pues, ahora, cuán diferente debe ser la educacion de un rey de la de un esclavo.

Si las bestias deben muy poco á sus padres, es porque no son destinadas á vivir con ellos y para ellos; apenas son acabadas de criar por sus padres, los dejan para no volverlos á ver, y luego se ocupan de su destino; casi siempre aisladas, no se juntan de dos en dos, sino en ciertas épocas y el tiempo necesario para la propagacion de su especie: esto es sobre todo mas exacto entre los animales salvajes. Los animales hechos para vivir con nosotros son mas sociables; pero el lazo de su sociedad para ellos, somos nosotros. Bien sabéis vosotros en qué vendrian á parar nuestros rebaños, si el pastor no estuviera al cuidado de él para impedir que se disperse, ó que se choquen unos con otros, por la autoridad de su palabra y tambien la de su vara.

Las bestias conocen desde luego su destino, y se sujetan á él maravillosamente; esto es muy necesario para el buen servicio de nuestro reino; pero en retorno, ellos no conocen mas que esto, y son incapaces de aumentar ó disminuir sus conocimientos: despues de millares de años que se les observa, se encuentran las mismas costumbres, los mismos hábitos, sin la mas ligera sombra del progreso. Bendigamos á Dios, porque si ellos se me-

tieran á raciocinar, á deliberar, á darse constituciones, á formar parlamentos, á nombrar comisiones para ocuparse de reformas, tendríamos nosotros mucho de que lamentarnos: nuestras revoluciones no son mas que unos entretenimientos, y aun las mas terribles, las que atravesamos en este momento, no serian sino un juego, comparadas con los desastres que produciria la irrupcion del espíritu revolucionario en la especie animal, desde el águila hasta el mosquito, desde el elefante, el leon, el toro, hasta el gusanillo que roe nuestros huesos.

En fin, las bestias, especialmente las que no viven bajo nuestras leyes, están poco sujetas á las enfermedades, y se curan sin consultarlo: esto era necesario para la exactitud del servicio á que están destinadas: esto es muy natural, puesto que las tres cuartas partes de nuestras enfermedades, son el resultado de nuestros excesos ó de los de nuestros padres, excesos que las bestias no conocen: y esto es tambien muy digno de la bondad del Creador, que limitando la existencia de las bestias á la de esta vida, no quiere que estas criaturas, incapaces de violar sus leyes, lleven la pena de esta violacion, que es el sufrimiento.

Esto es tambien lo que nosotros deberemos considerar; nosotros, hechos á la imagen y semejanza de Dios y revestidos por él del imperio sobre los animales, es bastante que nos veamos frecuen-

temente en la triste necesidad de dar la muerte á estos excelentes servidores, sin que hagamos por esto un suplicio continuo de su vida tan útil y tan obsequiosa, usando de mas justicia y dulzura con ellos, como Dios habia prescrito á los judíos en la antigua ley, y como lo hacen aún los árabes y los beduinos con sus caballos: llenariamos un deber de humanidad, y seriamos recompensados por mas inteligencia, mas rendimiento y vigor en las bestias de nuestro servicio, á las que nuestros malos tratamientos embrutecen, irritan y enervan. Mas ¡ah! cómo admirarse de nuestra ingratitud y dureza con los animales, viendo nuestra conducta con el Señor que las ha puesto á nuestro servicio y de cuya mano todo lo hemos recibido. Vamos ahora á nuestra especie.

Si la educacion del hombre es tan larga, tan laboriosa, si ella dura tanto como la vida, es porque su destino es ser inmortal, es porque la vida presente no es para nosotros mas que una preparacion para una vida que no tendrá fin. Nosotros recibimos todo de Dios por medio de los hombres, porque tanto en este mundo en donde no hacemos mas que pasar, como en el otro donde permaneceremos eternamente, nosotros debemos vivir en una íntima sociedad con Dios y con los hombres nuestros hermanos.

¿Cuál es el lazo de la sociedad, amigos míos?
¿No es la necesidad que los unos tenemos de los

otros? ¿No es el amor que resulta del bien que nos hacemos los unos á los otros? Porque, como vosotros lo habréis observado bien, el beneficio no solamente ata á aquel que es el objeto de él, y al que lo recibe inmediatamente, sino que tambien estrecha al bienhechor con el hombre que él obliga.

¿No es verdad que vosotros amarais menos á vuestros hijos si estos os hubieran costado menos, y que amais mas ordinariamente á los que habeis tenido que consagrar mas vuestros cuidados, por la sencilla razon de que os apegaís mas al campo que habeis cultivado mas? ¿Cuál es la persona mas tiernamente amada, y mas tiernamente amante en la familia? Es la grande bienhechora y mártir de la casa, la madre que lleva á los hijos no solamente nueve meses, sino doce, quince años, que los lleva siempre en su corazon y los cubre con sus oraciones cuando se hallan á dos mil leguas de distancia de ella, ocupados en catequizar á los salvajes, ó en defender el pabellon de su patria; y observemos que no solamente á nuestras familias, sino que tambien á la grande familia del género humano ha querido Dios unirnos por la cadena de la necesidad, del reconocimiento y del amor, á fin de que todos los hombres no hicieran mas que uno. Entre tantos beneficios que debemos á las generaciones pasadas, y á manos desconocidas, citemos dos ó tres de ellos.

¿No fueron nuestros padres, nuestros bienhechores los primeros extranjeros que vinieron á desmontar nuestra Europa y á traer todas las artes conocidas en una época remota? ¿No merecen el mismo título los que continuando el trabajo, perfeccionando las artes hicieron nacer las mieses en el lugar de los bosques y de los pantanos, y cambiaron las primeras chozas en casas, los pueblos en ciudades? ¿No debemos tener por hermanos á los persas que, cultivando el guindo y el melocoton, inspiraron al romano Lucullo la idea de introducir estos árboles en Europa hace ya dos mil años? ¿Cuál no debe ser nuestro reconocimiento hácia aquellos que fueron los primeros que, descubriendo las patatas en las montañas de la América meridional, las trajeron á Europa hácia fines del siglo diez y seis? ¿Y no es muy debido este mismo reconocimiento al farmacéutico Parmentier, que tuvo tanto que sufrir para vencer nuestras absurdas preocupaciones de dos siglos contra este precioso alimento, y que corrió tanto riesgo de ser muerto á porrazos como el inventor de un veneno? ¹

¿No han merecido muy bien de nosotros los indios salvajes de América que, conociendo las ma-

¹ En una asamblea electoral en donde se trataba de Parmentier para una función pública, uno de los oradores dijo: "Guardémonos bien de nombrarle, porque él nos hace comer patatas: él es quien las ha inventado."

ravillosas propiedades de la quina, la descubrieron á los misioneros, lo que hizo por mucho tiempo se le llamara "los polvos de los padres," y que todavía los ingleses la llamen los polvos de los Jesuitas? ¿No debemos también un tierno recuerdo al religioso, y también á la cabra que encontraron el café? ¹ Y vosotros, mis amigos, que fumais el cigarro ó la pipa, ¿no abrazaríais con mucho gusto á los pobres salvajes de América, que os han enseñado á hacer uso de esta planta agradable y útil, siempre que no se abusa de ella?

Ved, mis amigos, algunos de los mil hechos que prueban lo que nos dice la religión de Jesucristo; que Dios ha querido que todos los hombres se considerasen como miembros de una misma familia, y que ellos concurrieran al bien, los unos de los otros. Si en lugar de batirnos ó de olvidarnos, tomamos por regla la caridad católica que abraza á todos los hombres, tanto á los salvajes como á los pueblos civilizados, es evidente que obtendríamos los mas grandes frutos bajo todos aspectos.

No sucede lo mismo á los animales, los de hoy nada deben á los que les precedieron: un oso, por ejemplo, no sería mas sabio aun cuando fuera edu-

¹ Se atribuye comunmente el descubrimiento de las propiedades del café al prior de un monasterio de Arabia, que observando una extraordinaria viveza en las cabras nutridas con el fruto del café, aconsejó á sus religiosos el uso de este grano para combatir la inclinación al sueño.

cado por todos los osos del universo. ¿Qué podremos nosotros mismos enseñarles mas industrioso? Algunas monerías y nada mas: la razon es, porque los animales no tienen un porvenir mas allá de la muerte, y que todos ellos tienen el saber necesario á su vocacion; al contrario, el hombre puede siempre aprender mas, y elevarse mas en luces, en sabiduría y en bienestar, ¿por qué? porque él siempre es mas ó menos niño en este mundo, donde él debe hacer su educacion, y porque él no llegará á su edad perfecta sino entrando en la casa de su Padre y Señor que está en los cielos.

De este hecho palpable y brillante como la luz del sol, de este hecho, que los hombres tengan necesidad de ser formados y enseñados los unos por los otros, ¿qué se sigue? Que los dos primeros hombres han debido ser enseñados por Dios mismo, aprender de su Majestad lo que está sobre toda ciencia humana, la historia de su origen y el conocimiento de su destino. Lo que vosotros debéis hacer para la buena educacion de vuestros hijos, por vosotros mismos, por vuestro cura, por vuestro instructor, ¿no lo debia hacer Dios con sus dos primeros hijos, de quienes era á la vez su Padre, su Cura, su Instructor, y de aquellos á quienes confiaba la educacion de la grande familia del género humano?

¿Qué pensariais vosotros de un padre de familia que, gozando de una grande fortuna, pusiera

todo el cuidado conveniente al cuerpo de sus hijos, pero que dejara su entendimiento en una tan completa ignorancia de todas las cosas, que ellos no supieran pensar ni hablar, y que pasaran toda su vida como unos completos idiotas? No podriais dar otra razon de una tal crueldad sino diciendo: este es un loco. Y bien, ¿creeis vosotros en realidad que Dios, el mejor de los Padres, haya podido crear á los dos primeros hombres sin enseñarles lo que él solo podia enseñarles; por quién, cómo y para qué ellos habian sido puestos en el mundo, y qué funciones debian llenar, lo que debian hacer, lo que debian evitar, para corresponder á los designios del Creador, merecer su amistad y no incurrir en su desgracia? No habiendo recibido sobre todos estos puntos las luces precisas que solo Dios podia darles, nuestros primeros padres habrian quedado en un verdadero idiotismo, y habrian sido mas dignos de lástima que los animales. En suma, admitir la creacion divina del hombre y rechazar la revelacion, como lo hacen los deistas, es ultrajar á Dios y al sentido comun.